



06/Desafíos de la crisis a la pastoral de la salud

José Luis Segovia Bernabé,
Profesor de Moral Social.
Instituto Superior de Pastoral (UPSA-Madrid).

Preguntar en momentos de crisis y dar respuestas honestas.
Para ello hemos de "mirar con ojos nuevos".
La mejor mirada, la de Jesús de Nazaret.

Palabras clave:
Crisis, desafíos, mirada, honestidad, samaritanos.

1/

Introducción: las atalayas desde donde contemplo la realidad.

Escribo estas líneas días después del fallecimiento de mi padre, después de meses de intensos padecimientos y muchos años de dolores crónicos invasivos. Tuve la intervención que desarrollan estas líneas dos días antes de su partida. Por tanto, un mirador muy especial lo constituye el mundo de los afectos desde la cercanía al dolor.

Tuve la suerte de poder acompañarlo los últimos meses y, junto con mi hermana, heroína silenciosa de la abnegación y el cuidado, y mi madre, ejerciendo el sagrado ministerio de la ternura en la etapa final de la vida. Por eso, debo empezar reconociendo que ser agente de la pastoral de la salud es un auténtico privilegio.

Coloca ante la más común de las experiencias humanas: el dolor, la impotencia y, en ocasiones, la muerte. Los seres humanos somos felizmente muy diversos en todo, pero nos vincula el anhelo de felicidad y el intento de minimizar el dolor.

A esas dos causas sirve la pastoral de la salud desde sus propios medios. No es azar la identificación de Cristo con el enfermo y el constituirlo no solo en

sacramento de su presencia, sino en juicio histórico y escatológico de la dignidad con que vivimos la vida (**seamos creyentes o no: cf. Mt 25,36 ss.**).

Decía **Ortega y Gasset** que, cuando se lee o se escucha a alguien, uno debe preguntarse sobre su “suelo, su subsuelo y su adversario”. Para cubrir esta triple vertiente y, aunque sea de manera menos plástica que la introducción audiovisual con que el amigo **Rudesindo Delgado** me ha presentado, señalaré que el suelo queda constituido por las afirmaciones que iré haciendo, el subsuelo se visibilizará en las atalayas desde las que contemplo la realidad y el adversario no puede ser otro que el sufrimiento y, muy en especial, el sufrimiento evitable que constituye toda injusticia.

Una mención a las tres atalayas. La primera, claro está, es la **balconada de la trascendencia**, del Misterio de Dios. Con todas las dificultades que supone, sin Dios y sin su compañía las cosas serían muy distintas. Nunca se lo agradeceremos bastante. Esa fe la vivo y la celebro en una parroquia pequeña del barrio de Vallecas en Madrid, con su sencillo equipo de atención a los enfermos. La segunda es la ventana que da al **patio interior del sufrimiento humano y la injusticia** que padecen tantas personas: extranjeros sin papeles, presos, drogodependientes, niños y niñas sin oportunidades vitales, etc. Se trata de una vista desagradable que los dueños de todo tratan de esconder a toda costa. Considero un lujo inmerecido, no compartiendo su desgracia, el tener un ventanuco pequeño, pero muy significativo, de mi vida a este patio sin luces. Lo he compartido acompañando y conviviendo con chavaletes con problemas de drogas e inadaptación. Ahora, sobre todo, desde el sector que animo en el departamento de pastoral penitenciaria en la Conferencia Episcopal y a través de plataformas como la Asociación Apoyo, “**Salvemos la hospitalidad**” u “**Otro Derecho penal es posible**”.

El tercero, es el **portillo de la reflexión** (es una suerte poder hacerlo mientras otros no tienen tiempo ni para sobrevivir), las lecturas y el contraste, procurando evitar la protección de la talanquera y el refugio intelectualoide, que reflexionan ajenos al dolor humano. Se trata de hacer bueno

aquello de Epicuro: “**vana es la filosofía que no libera de dolor alguno**”. Eso lo puedo hacer en un lugar de lujo como es el Instituto Superior de Pastoral de Madrid, dependiente de la Universidad Pontificia de Salamanca.

Allí, casa compartida con Rude, imparto materias relacionadas con la lectura creyente de la actualidad, la moral, la exclusión social y la doctrina social de la Iglesia. Por fin, un pequeño ventanuco que me acerca explícitamente al mundo de la salud lo constituye la intervención directa como técnico sanitario voluntario en Samur-Protección Civil de la Villa de Madrid en el ámbito de la emergencia extra hospitalaria.

2/

Presupuestos para una lectura creyente del mundo de la salud.

En realidad, creo que son presupuestos válidos para cualquier ámbito. Constituyen una suerte de “**gafas**” que nos permiten descubrir el paso de Dios y sus huellas en la vida. Quizá en el mundo de la salud se puedan percibir con especial consistencias, pero, insisto, creo que deberían constituir los pertrechos con los que cualquier creyente se aproxima a leer la vida desde el buen Dios.

1/

El mundo, la vida, la historia, sufrimiento de los hombres y de las mujeres constituyen un auténtico lugar teológico.

Por consiguiente, no se puede experimentar a Dios, al menos al Dios revelado en Jesucristo, de espaldas al dolor del mundo.

De ahí que necesitemos conocer los dinamismos de nuestro mundo y de sus complejas estructuras no por el prurito de saber más, sino para tener más intensa experiencia de Dios: “**conocer a Dios es practicar la justicia**” (**Jer 22,16**). Conocer al ser humano en su fragilidad nos aproxima a Dios y, en perfecta relación de armoniosa circularidad, experimentar a Dios nos invita a aproximarnos con los seres humanos que sufren.

2/

El “otro” cuanto más “otro” (más diferente) sea más me remite al Totalmente Otro.

Más me ayuda a relativizar mis “**verdades**” y absolutizar lo único Absoluto. El pluralismo y la diversidad no son, no deben ser, ni en el mundo ni en la Iglesia un problema, sino una inmensa riqueza. Dicen los politólogos que el desafío del siglo XXI será la gestión armoniosa de la diversidad. Ojalá seamos en la Iglesia para el mundo, maestros de esta dimensión de comunión, pluralismo y unidad. Ser uno para que el mundo crea (**cf. Jn 17,21**) es un prerrequisito para que la evangelización prospere. El mundo del dolor ayuda a trivializar ideologías y cosmovisiones bien diferentes. Uno de mis mejores amigos lo es a raíz de visitar en el hospital a su padre, comunista come-curas recalcitrante. Compañeros curas de sensibilidades eclesiales completamente distintas nos hemos entendido de maravilla para asistir a muchachetes que partían junto al Padre por el dichoso HIV. ¡No sé si eso será parte de la misteriosa e incomprensible dimensión redentora del dolor!

3/

La crisis es ante todo un grave drama.

Pero es también una oportunidad preciosa de purificación personal e institucional, de sacar lo mejor de nosotros mismos, de visibilizar y hacer significativo a Dios en un momento de poca porosidad a lo religioso. Porque, no se nos puede olvidar, **la crisis es un acontecimiento teológico:**

tiene que ver con Dios porque tiene que ver con el sufrimiento de las personas. Por eso, en estos momentos de opacidad hacia lo religioso, los cristianos deberíamos clamar: ¡Es un sinsentido que los extranjeros sin papeles no reciban asistencia sanitaria ordinaria por decisión de un Gobierno inmoral en este punto! ¡Clama al cielo que se deje en la calle a familia y abuelos desahuciados de sus viviendas por entidades financieras indecentes! ¡Es una vergüenza, como gritaba el Papa Francisco, que se nos ahoguen hermanos pequeños en el Mediterráneo cuando tratan de buscar mejores oportunidades para sobrevivir! No se trata de cuestiones “técnicas” de las que solo pueden hablar “los expertos”. Se trata de auténticas cuestiones teológicas que visibilizan a Dios de manera explícita -hasta en el lenguaje, porque dignifican a su mayor ocupación que es el ser humano. Lo dice **Centesimus annus 55**:

“La dimensión teológica se hace necesaria para interpretar y resolver los actuales problemas de la convivencia humana”.

4/

Esta trágica situación que tanto hace sufrir a tantos nos convoca a volver a los orígenes de la Iglesia,

A su lugar natural del que nunca debió alejarse: Los pies de la cruz.

“He ahí a tu madre, he ahí a tu hijo”
(Jn 10, 26).
“Fijos los ojos en el Señor”
(Hb 12, 2 y Sal 122,2),

A los pies de todas las cruces del dolor y empeñados en liberar de los clavos a los crucificados. Así nos debe encontrar el Señor cuando llegue.

Ubicados en este espacio, se relativizan cantidad de tonterías que nos quitan el sueño y se absolutiza lo único importante. Incluso las diferencias cobran otra dimensión: si los clavos se quitan a derechas o a izquierdas pasa a ser secundario ante la perentoriedad de desclavar a los crucificados.

5/

La lectura creyente es ayudada por la Doctrina Social de la Iglesia (DSI).

También en el campo de la salud el Compendio de la DSI tiene múltiples referencias sobre todo en lo que se refiere a los Derechos humanos y la dimensión integral del desarrollo y su perspectiva ecológica. En n todo caso, tiene una cuádruple virtualidad al servicio de lo teológico (fe-esperanza-caridad): **a)** Es anuncio del Evangelio (“el Evangelio de lo social”); **b)** Es iluminación y juicio creyente sobre la realidad; **c)** Orienta y se compromete en la acción pastoral; **d)** Tiene una función “pontifical”: diálogo con el mundo, con otras religiones, etc. El hecho universal del dolor y la enfermedad constituyen, como se ha dicho, un facilitador de primer orden.

3/

La crisis nos obliga a ser honestos con la realidad.

Llevábamos unos años en que se nos había olvidado contar con la realidad en nuestra planificación pastoral. Nos ahorrábamos el momento del “ver”, tan certeramente rescatado por el Documento de Aparecida y por primera vez introducido en un documento de alto rango en **Mater et Magistra 126**. La crueldad de la crisis nos obliga a partir de lo real, a volver al método inductivo tan querido para la teología pastoral.

La crisis es un acontecimiento teológico: tiene que ver con Dios porque tiene que ver con el sufrimiento de las personas

Hay que empezar diciendo la verdad: esta crisis no es coyuntural. El modelo de sociedad que había identificado crecimiento económico con desarrollo era errático. Nos habíamos olvidado del “desarrollo humano integral” (de todo el hombre y para todos los hombres **(cf. PP y CV)**). Desde 1980 a 2006 venían creciendo las macromagnitudes económicas, pero la desigualdad había crecido en mayor proporción (sobre todo en España: mucho más que en Grecia o Portugal: el 20% de la población más rica tiene 7,5 más que el 20% de la población más pobre) Las bolsas de pobreza se consolidaban y avanzaba paso a paso una dualización social que con la crisis del 2007 ha explotado **(cf. VI Informe Foessa-Caritas Española)**. La crisis no es, por tanto, un “novum”.

Las raíces de la crisis beben de los años 70 y del cambio de modelo capitalista: de un modelo materialista de capitalismo productor (que generaba riqueza y empleo y tenía algunos mecanismos de redistribución) se pasó a un modelo de capitalismo especulativo (basado en modelos econométricos de crecimiento exponencial, incapaz de generar empleo y que hace del lucro y la deshonestidad su razón de ser).

Tras la crisis del petróleo del 1973, vino la década de los 80 con la expansión del pensamiento neoliberal (más mercado y menos estado, desregulación, privatización, contención del gasto público y liberalización de la economía -el famoso consenso de Washington que acogió a países de América Latina-), tras la caída del muro de Berlín (1989), la década de los 90 se convirtieron en un canto al “fin de la historia” y al “crecimiento ilimitado”. Estábamos en plena cultura TINA (there is no alternative).

Con el cambio de milenio se consolidó el capitalismo sin economía real: la pura razón especulativa. Habíamos convertido la economía (ciencia de la administración de recursos escasos para satisfacer necesidades) en crematística (arte de ganar dinero; Aristóteles ya había anticipado esta diferencia). Ser honestos con lo real supone reconocer que antes “entrar” en la crisis nosotros, muchos “no habían salido jamás de ella”.

Previamente había “crisis social” y “crisis de valores”. Desde los años 90, el patrón distributivo en España se ha caracterizado por una mantenida desigualdad en las rentas de mercado sin mejoras visibles en la capacidad redistributiva de las prestaciones monetarias¹: la tasa de pobreza se ha mantenido constante y el gasto social 6 puntos por debajo de la media europea. Al mismo tiempo, la sociedad del crecimiento estaba atravesada por la fragilidad de los sistemas sociales de protección que garantizan el acceso a los bienes básicos fundamento de la integración y de la cohesión social. Eso, sin hablar de la brecha Norte-Sur.

El reciente VIII Informe (octubre, 2013) del Observatorio de la Realidad Social de Cáritas² abunda en estas consideraciones. En efecto señala como nuestro modelo económico es contracíclico ante la desigualdad: aumenta cuando hay recesión, pero no disminuye en momentos de bonanza económica.

Por otra parte, en los últimos años se ha producido un descenso de la renta media, lo que supone un proceso de empobrecimiento de nuestra sociedad que afecta a los más vulnerables: baja intensidad laboral, inmigrantes extracomunitarios, hogares monoparentales, personas sin hogar.

Se aporta un dato terrible: la pobreza severa afecta a 3.000.000 de personas, justo el doble de la cifra de afectados antes de la crisis. Asimismo se incrementa la cronicidad en la precariedad: una de cada tres personas que pide ayuda a Cáritas lleva más de tres años en esta situación.

Las necesidades básicas ya no están aseguradas para todos y existe el riesgo de desbordar el colchón de seguridad que todavía suponen las familias. Entre tanto, se siguen debilitando las políticas sociales y se menguan los derechos económicos y sociales que cumplen una función de redistribución de renta (sanidad, educación, ayudas y prestaciones sociales, etc.).

Por otra parte, ser honestos con lo real exige asumir que la crisis es también una “cuestión antropológica”.

1. Cf. Luis Ayala (coord.): Desigualdad, pobreza y privación. Colección Estudios. Fundación Foessa, Madrid, 2009.

2. CARITAS ESPAÑOLA, Empobrecimiento y desigualdad social. El aumento de la fractura social en una sociedad vulnerable que empobrece, Madrid, 10.10.13

3. E. Zamagni, Por una economía del bien común, Ciudad Nueva, Madrid, 2012.

Las universidades y escuelas de negocios de la Iglesia no son ajenas al haber proyectado en muchos casos la idea de que el ser humano es “el ser egoísta racional e interesado, susceptible de elecciones diversas” del que hablan los manuales de macro y microeconomía: consagran el individualismo materialista y propietario como paradigma de lo humano.

Nada que ver con la identidad, vocación y destino de la persona y del género humano, creados, amados y salvados por un Dios que nos ha dotado de dignidad constitutiva, sociabilidad, apertura al otro, capacidad para el bien, la verdad y la belleza y, por consiguiente, llamado a contribuir a que haya paraísos en la tierra según las leyes impresas en la naturaleza por su Creador (cf. **Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia 35-37**).

Por eso, la persona es un fin-en-sí, “no puede ni debe ser instrumentalizada por las estructuras sociales, económicas y políticas” (CDSI 48).

Ni la racionalidad economicista (econométrica para ser más preciso) puede fagocitar, como lo ha hecho, la razón política (orden de las prioridades orientadas al bien común) colgada, a su vez, de la “percha” de la ética (el orden de los fines).

La honestidad también pide cargar con una amarga realidad: de esta crisis no se puede ni se debe salir. Si por tal entendemos volver a los estilos de vida anteriores a la misma: consumistas, materialistas, individualistas, que olvidaban que el desarrollo para ser tal, tiene que ser integral (afectar a todas las dimensiones de la persona), universal (posible para todo el género humano) y sostenible (que sea posible su disfrute por las generaciones venideras).

Además, es de justicia proclamar que esta crisis tiene responsables. Es una crisis “**factum**” no “**fatum**”: tiene personas y estructuras causantes.

Zamagni la llama “**entrópica**”³. Alguien sin hipotecas debería decir la verdad del papel embaucador de las agencias de calificación de riesgos

que engañaron (y engañan) o de las entidades financieras, que nunca han querido socializar los beneficios pero que se aprestan a socializar las pérdidas.

Los mismos que demandaban un Estado no regulador de los mercados financieros, ahora piden (y obtienen) ayudas financieras, mientras queda a su albedrío el ejecutar las hipotecas y dejar a familias enteras literalmente en la calle (a ellos y a sus avalistas: a veces, abuelos octogenarios).

Es necesario clamar contra las Cajas y Bancos que estafaron a nuestros mayores convirtiendo sus depósitos bancarios en devaluadas acciones preferentes. Tanto robo tiene culpables en muchos niveles, no sólo en los más altos.

Existen **responsabilidades compartidas** en la crisis que, en todo caso, son directamente proporcionales a la capacidad de causar daño.

Evidentemente una agencia de calificación de riesgos que otorga una puntuación fraudulenta a una entidad no tiene la misma responsabilidad que alguien que se ha comprado un piso con algún metro cuadrado que le sobra.

Sin embargo, conviene autocrítica en todos los sectores porque esta crisis (con dimensiones importantes de estafa) ha sido posible por una cierta inhibición general de responsabilidades institucionales (quien tenía que ejercer de controlador o auditor no lo ha hecho) y ciudadanas (el repliegue individualista y comodón de los últimos años ha sido un indiscutible facilitador de la crisis).

4/

Ponerse del lado de los enfermos: “Y lo montó en su propia cabalgadura” (Lc 10,34).

La crisis provoca víctimas. Las EPA⁴, con ligeras variantes, van dejando una estela desoladora. No vamos a abundar en las cifras, detrás de las cuales hay seres humanos vulnerables que sufren inmensamente.

La crisis es una ocasión de purificación personal e institucional porque nos obliga a definirnos sin ambages. La Iglesia solo puede estar del lado de las víctimas y de los perdedores. Los seguidores de Jesús solo podemos estar casados con Dios y con los pobres. El resto de “**matrimonios de conveniencia**” por razones de poder son ajenos al servicio que la Iglesia presta al mundo. Por eso, la significatividad de la comunidad cristiana tiene toda su fuerza cuando es capaz de poner en peligro sus propios derechos para defender los ajenos, cuando tiene la audacia de bajarse de la propia cabalgadura para que se monten los apaleados y desatendidos. Por lo que respecta al ámbito estrictamente sanitario hay que denunciar varias cosas que afectan sobre todo a las personas más vulnerables⁵:

- El aumento de gastos en medicamentos: va creciendo el número de familias endeudadas con algunas farmacias y familias y pensionistas que han dejado de tomar medicamentos.

- Situaciones de gravísima desatención sanitaria: Aunque no solo, pero inciden especialmente en la población inmigrante debido a la pérdida de la tarjeta sanitaria y a la emisión de facturas que retraen a muchas personas que acaban no acudiendo a los servicios médicos.

- El abandono de tratamientos médicos por su elevado coste y automedicación, sobre todo en el caso de los enfermos crónicos, que parece ser dejados a su suerte por el sistema de salud.

- Miedo, estrés y patologías de salud mental en las personas sin papeles y ahora sin atención médica, con el consiguiente riesgo de colapsar las urgencias y de que rebroten enfermedades hasta ahora controladas. ¡Los virus no entienden de leyes de extranjería!

- La reducción de las políticas preventivas y reabilitadoras en materia de salud pública.

- Las dificultades de acceso a recursos socio-sanitarios de todo tipo: centros para drogo-dependientes, salud mental, pisos de acogida y reinserción...

- Estamos pasando de una cultura de los derechos humanos, inherentes a la dignidad de todas las personas, a criterios selectivos y meritocráticos. De nuevo aquí asoma la cuestión antropológica, que a veces se disimula con un “**capitalismo compasivo**” (Ronald Reagan dixit). El buen Derecho es el que amplía y universaliza. El mal Derecho es el que se descuelga del valor de la justicia, clasifica (con papeles y sin papeles, españoles y extranjeros, etc.) y, al hacerlo, inevitablemente cosifica.

- Obvio es decirlo pero hay que recordar que el **art. 25 de la Declaración Universal de los Derechos Humanos**, y el **art. 12.1. del Pacto Internacional de los Derechos Económicos, Sociales y Culturales** reconocen el derecho al más alto nivel posible de salud física y mental y a la asistencia médica, como derechos de “**las personas**”.

La crisis no tiene solo dimensiones económicas. La situación anímica ha empeorado: hay más personas nerviosas, tensas, irascibles, la gente necesita espacios de atención personalizada, de “**escucha**”. De relación con otros, de mediación en situaciones de conflicto (sobre todo familiar y financiero) o pautas para educar a los hijos y,

4. Encuesta de población activa en red <http://www.ine.es/daco/daco42/daco4211/epa0113.pdf>

5. Cf. VIII Informe del Observatorio de la Realidad Social 2013, o.c., 18.

finalmente, crecimiento personal (autoestima, reconocimiento de sentimientos, empoderamiento, lograr la autonomía).

La pastoral de la salud no tiene ninguna dificultad en asumir estos desafíos pues maneja un concepto integral de la misma que comprende todas las necesidades del ser humano (materiales, emocionales, sociales y espirituales).

En síntesis: será preciso cuidar la dimensión asistencial de la caridad-cariño (que la llevamos a cabo bastante bien), pero no olvidarlos de la promocional (que la hacemos menos bien) y, sobre todo, acentuar su dimensión profética (que hacemos bastante mal u omitimos con frecuencia).

Tomar partido supone optar no por una solidaridad indolora, sino “jugando contra los propios intereses”. “El amor cristiano impulsa a la denuncia, a la propuesta y al compromiso” ligados a “un destino único” desde un “humanismo integral y solidario” (CDSI 6) que compete a todos, como “un acto de servicio de la Iglesia a los hombres y mujeres de nuestro tiempo” (CDSI 13).

La alianza y la complicidad con los enfermos y humillados constituye, como se ha dicho, lugar teológico, requisito epistemológico, condición de posibilidad soteriológica y formalidad imprescindible para la superación del juicio escatológico.

Todo ello exige un claro posicionamiento vital del lado de los que padecen la precariedad, desarrollando con ellos la ética del cuidado y de la justicia que se despliegan en la torrenciosa de verbos que pone el evangelista Lucas para ilustrar la acción del buen samaritano con el politraumatizado del camino. Desde el plano formal,

“Para la Iglesia, el mensaje social del evangelio no debe considerarse como una teoría, sino, por encima de todo, un

fundamento y un estímulo para la acción. Hoy más que nunca, la Iglesia es consciente de que su mensaje social se hará creíble por el testimonio de las obras, antes que por su coherencia y lógica interna” (CA 57).

La elocuencia, en signos y palabras, del Papa Francisco, avalan que la vía de los hechos y la apuesta descarada por las periferias de la vida son el mejor favor que podemos hacer al Señor Jesús y al proseguimiento de su causa.

5/

La crisis nos invita a participar de la mirada de Jesucristo.

La forma de mirar condicional a la forma de nombrar y, finalmente, la forma de percibir y de intervenir sobre una realidad. Por eso, la Iglesia no puede mirar al mundo con unos ojos distintos de los de Cristo. Tampoco podemos hacerlo con esta maldita crisis.

Por eso, concluyamos destacando algunos rasgos de la forma de mirar del Señor para hacerlos nuestros en nuestra participación del ministerio sanante y reconfortante del Evangelio que se nos ha encomendado.

- La mirada de Jesús es una mirada **cargada de sentimientos** y repleta de **compasión**. No es neutral, ni aséptica, ni “profesional” en el mal sentido del término. Al contrario, su mirada profesa cariño, incluso en situaciones donde se produce, finalmente, el desencuentro de proyectos vitales “miró con cariño al joven rico” (Mc 10,21), o donde es palmaria la lejanía de cre-

La pastoral de la salud no tiene ninguna dificultad en asumir los desafíos de la crisis pues maneja el concepto integral de la salud

dos y situaciones personales (admiración ante la fe del centurión Mt 8,10), o donde hay distancia de praxis y concepciones religiosas (maravillamiento ante el óbolo de la viuda Lc 21,2)

Es mirada también repleta de reconocimiento ante la fe distinta de la cananea (Mt 10,28); se torna en aceptación incondicional ante las magulladuras culpables del hijo pródigo (Lc 15,11 ss.); en atrevimiento y auto invitación ante la cortedad de Zaqueo (Lc 19, 1 ss.), y, quizá la más cercana a nosotros, es mirada cariñosa, de reconocimiento profundo, de Jesús hacia la fe de los voluntarios que le traen en camilla al paralítico que acaba provocando el milagro (Mc 2,5).

- Es, también, mirada **cargada de indignación**. Lo es ante lo injusto evitable (Mt 12, 2.10), cuando se juega la suerte de los pequeños (Mt 18,2), cuando se les escandaliza (Lc 17,2), cuando se le separa de los niños (Lc 18,16), cuando, con Pedro prudente, se le hace rehuir el conflicto, la cruz y la polémica con el poder (Mc 8,33), cuando se buscan privilegios (Lc 14,8) o se escandaliza a los vulnerables (Mc 3,5), cuando se secuestra a Dios o se convierte su casa en cueva de mercadeos y transacciones (Jn 2,15).

- La mirada de Cristo es **mirada que sabe discernir**. Es larga, profunda, inteligente. Sin miopía ni vista cansada. No confunde el trigo con la paja. No escabulle la verdad. Escruta hasta lo más hondo las intenciones ocultas de sus perseguidores. Fiel a Dios hasta el final, pero no tonta. Sabe con quién se juega los cuartos, sobre todo cuando los cuartos están en manos de muy pocos. Es inocente pero no ingenua, sencilla como paloma pero astuta como serpiente (Mt 10,16).

- Es una **mirada contemplativa**. Va más allá de las apariencias y las pintas (Lc 7,37 ss.), bucea en el hondón humano, desenmascara mentiras virtuales y pecados estructurales (Jn 8,4 ss.) y, a la postre, descubre tras el rostro del pobre, del enfermo, del preso o del inmigrante el rostro de Cristo sacramento y juicio, como se ha

dicho. Y, porque no se queda en la superficie y escruta, escucha antes de hablar. Hace como la advertencia del Metro de muchas grandes ciudades “Antes de entrar dejen salir”.

- Es **mirada limpia (Mt 5, 8)**. Porque quiere ver la realidad sin prejuicios ni intereses propios, es mirar puro, empatía compasiva que se solidariza con los débiles y apuesta simplicidad de vida para crear valores alternativos a la complejidad, la arrogancia del poder, la violencia del éxito o el consumismo desenfrenado en el que participamos todos.

- Es **consciente de las propias motas en el ojo (Lc 6,41)**. Por eso, auxilia desde la consciencia de la propia debilidad. Sana desde las propias heridas. Ayuda a izarse desde el ímpetu que dan las propias levantadas. Es el sanador herido, el que da lo que tiene, o mejor, el que comparte desde lo que simplemente es, con autenticidad. No es mirada “solucionadora”, sino frágil, pero siempre cómplice y solidaria.

- Es **mirada seguida de resolución**. Continuamente nos dice “vio Jesús y les dijo” y, sobre todo, “vio Jesús e hizo” (p.e. Mc.1, 16). No es la mirada intencionadamente distraída del levita o la del sacerdote: uno y otro, ante el caído y apaleado al borde del camino, “vio, se desvió y pasó de largo” (Lc 10,32). Es más bien la de aquel que se sintió interpelado por el rostro sufriente del prójimo; tanto, que, “al verlo, sintió lastima, se acercó, le vendó las heridas, lo montó en su propia cabalgadura, lo llevó al mesón y cuidó de él” (Lc 10, 33-34).

¿Habéis percibido la cascada preciosa de verbos concatenados que nos hablan de decisiones, implicaciones, sentimientos, cuidados...? Es, sin duda, la parábola del agente de la pastoral de la salud integral. La del “ve y haz tú lo mismo”, porque todos, en algún momento, hemos sido auxiliados por buenos samaritanos y, siempre, por El Samaritano.

No es este el momento de comentar esta deliciosa parábola, espumante de divina humanidad,

con más detalle. Quedémonos con todo lo que nos provoca esta forma de mirar samaritana.

- Es consciente de ser, en cierto modo, una mirada privilegiada. “Dichosos los ojos que ven lo que vosotros veis” (Mt 13,16). La amistad, el trato personalizador desde el encuentro con los pobres, son todo un lujo inmerecido, un privilegio, una “auténtica propina de la vida”. Compartidos con otros muchos no creyentes que expulsan demonios son un motivo continuo de agradecimiento al Padre.

- Es una mirada que nunca deja las cosas como están. Transforma y dignifica el corazón y la realidad de la persona concreta, y altera sustancialmente el orden “natural” social. Perdona y levanta a la adúltera, pero sienta en el banquillo a los jueces (Jn 8,3 ss.).

Cura la lepra y al tiempo apuesta por la inclusión y la integración como queridos por Dios (Mt 8,1 ss.). Cura, pero también se salta descaradamente las leyes injustas cuando esclerotizan la misericordia de Dios e impiden la inclusión de los vulnerables (Mt 12,12).

En definitiva, no duda en simultanear la sanación de la persona concreta con la expulsión de legiones de demonios (Mc 5,2ss.). “La mirada cura el pecado personal y obliga a la conversión de los mecanismos y estructuras de pecado.” (Lc 11, 37). Es mirada y actitud que no dejan indiferente. Tiene un algo de retadora. Invita a tomar partido, a optar.

Supone conflicto personal y grupal. Es dialéctica, es apuesta descarada por el pobre y aflicción por el rico que no se convierte. No todo vale ante su mirada.

- Es una mirada con humor. De ese humor fino y sano que no es sino relativización de uno mismo y de los propios protagonismos, para ceder lugar al único Absoluto, a Aquel que “da a sus amigos... mientras duermen” (Sal 127, 2). Frente al serio rigorismo y ascesis del Bautista (Mc 1,6), Jesús es más sociable y convivencial.

Por eso, hace mesa común con todos (Mc 2,15), sonríe y, seguro, ríe y, además de espléndido comunicador en parábolas, probablemente en situaciones difíciles también contó chistes. Por eso relativiza a los poderes políticos y religiosos y sólo consiente como título de honor para sentarse en la mesa de su Reino el de “siervo inútil”.

- Por último, pero no menos importante: la fe nos ayuda a recobrar la vista. Cuando legañones de egoísmo, de auto-justificaciones, de sentido común y la prudencia mal entendidos nos impiden aquello de Machado: que “en amor, sólo la locura es sensata”... entonces, hay que decir con el ciego de Jericó: “Hijo de David, ten compasión de mí. Que recobre la vista” (Lc 18, 39 ss.).

Sólo la fe, que es riesgo y confianza, aventura y a desasimiento, salva. Sólo sabernos a la intemperie, pero con la ayuda de Él, nos ayuda a seguir tanteando el camino. No tendremos mejores guías que los enfermos, aquellos que nos recuerdan con su fragilidad que “cuando soy débil, entonces estoy fuerte” (2 Cor 12, 10).

6/

Apunte para durar cuidando sin quemarse.

Doy por supuesto todos los cuidados que merece el cuidador para evitar el burnout o SDO (síndrome de desgaste ocupacional). Me refiero a otro plano más teórico, pero con importantes consecuencias prácticas en una pastoral tan hermosa pero, a la vez, tan dura y tan exigente como la de la salud.

Creo que una lectura creyente de la realidad del mundo de la salud, tanto en el plano de las rela-

ciones intersubjetivas como en el de las estructuras sanitarias y políticas, debe saber combinar dos momentos. Sin ellos, nos puede invadir el angelismo más ñoño o un escepticismo agrio que os impida avanzar y nos instale en una indeseable amargura crónica. Lo explicaré acudiendo a un ejemplo.

Cuando llevamos muchas horas conduciendo por la noche es necesario hacer un cambio de luces de vez en cuando. Si contemplamos la realidad solo con las luces cortas, se nos impone la brutal crueldad de la realidad. Ello nos hace percibir todo con un tono inevitablemente negativo: crisis, desempleo, dualización social y laboral, pérdida de calidad del sistema nacional de salud, precarización socio-sanitaria...

Un ejercicio de luces cortas es imprescindible porque nos hace encontrarnos con los datos de lo real para no estar en las nubes. Pero es necesario jugar al mismo tiempo con un cambio a las luces largas.

Estas nos invitan a contemplar la historia y los grandes dinamismos y procesos con dosis de paciencia histórica. Contemplar el proceso de emancipación y la lucha por la igualdad de la mujer o los avances en toma de conciencia y positivación de los derechos humanos nos ayudan a descubrir cuanto hemos avanzado en muy poco tiempo.

A compararlo con otras realidades: p.e., la atención sanitaria que se presta en el África subsahariana o los problemas en los mismísimos EEUU.

Las luces largas invitan a seguir mirando al futuro como el ámbito de lo inédito viable. Solo un continuo cambio de luces nos permite seguir explorando el futuro como terreno fértil de posibilidades, desde las urgencias del presente pero evitando ser atrapado irremisiblemente por éste.

Cierto que nuestra sociedad es más desigualitaria que nunca, pero también es verdad que el último informe del PNUD, titulado significativamente

“El ascenso del Sur”, refleja aspectos muy positivos en los países con economías más frágiles, incluso en muchos aspectos relativos a la salud.

Nuestras democracias son de baja intensidad, pero hemos recuperado al sujeto, individualmente considerado, empoderado notablemente con un simple clic de ratón. Plataformas como change.org han permitido que los particulares puedan participar en decisiones colectivas e influir en la vida política.

Así ha sido con la despenalización de las prácticas de hospitalidad para con las “personas sin papeles”. Esperemos hacer lo mismo con su asistencia sanitaria, negada irracional e inhumana en la actualidad.

Este cambio de luces y unas pizcas de humor nos permiten mantenernos en la brecha, alimentar la esperanza, no renunciar a la utopía y mantenernos a flote, cuidando el ministerio que tanto agradaba a Iñigo de Loyola y que tan importante es para los enfermos: el ministerio del acompañamiento y la consolación.

